



ROMANCE QUINTO

LA REINA

Del apartado occidente
A las ignotas regiones,
Que sólo nuestro viajero
Por revelacion conoce,

Ya el sol descendido habia,
Dejando estos horizontes
Envueltos en vagas sombras
De una sosegada noche;

Cuando á Santa Fe llegaron,
Sin haber dejado el trote,
Caminando en gran silencio
El extranjero y el jóven.

A las puertas de palacio
Descabalgan, y veloces
La régia escalera suben,
Sin que las guardias lo estorben.

Pues el paje de la Reina,
A quien todos reconocen,
Le sirve á su compañero
De seguro pasaporte.

Llegados á la antesala,
Donde damas y señores
Acaso esperan audiencia
Con distintas pretensiones,

Al piloto dice el paje
Que allí lo espere, y entróse
A dar parte á su señora
De estar cumplida la orden.
Vuelve al instante, y llamando
Al genovés, indicóle
La respetada mampara,
Que en cuanto este entró cerróse.

En un camarín pequeño
Vestido con pabellones
De berberiscos damascos,
Y una alfombra de colores;
Junto á un cuadrado bufete,
Que rico tapete esconde
De carmesí terciopelo
Con franjas de oro y borlones;
Enfrente de un oratorio
De concha, nácar y bronces,
Donde la imágen brillaba
Del Redentor de los hombres;

Y á la luz de dos bujías,
De aquel breve cielo soles,
Que en candeleros de oro
Daban vivos resplandores;
Sentada en la régia silla,
Con la presencia más noble
Que jamás tuvo matrona,
Que jamás respetó el orbe,
Doña Isabel, la gran Reina
De Castilla y Leon, mostróse
A los admirados ojos
Del genovés sabio y pobre.

Un brial de raso morado,
Con castillos y leones,
De perlás, esmaltes y oro
En recamadas labores
Era su traje. En su pecho
Brillaban, como en la noche
Los luceros rutilantes,
Las cruces que en los pendones
De las órdenes guerreras
Son de la victoria norte.

Y de flamencos encajes,
Que régia diadema coge,
Una delicada toca
Ornaba su rostro, donde
Formando un todo divino
De altos celestiales dotes;
El más claro entendimiento,
La virtud más pura y noble,
El esfuerzo más gallardo
Resplandecian conformes.

Doña Beatriz de Galindo,
Que aún hoy conserva el renombre

De la *Latina*, por serlo
Muy aventajada entónces,
Camarera de la Reina,
Señora de altos blasones,
Y esposa del gran Ramirez,
Del moro en Málaga azote;
Y Alonso de Quintanilla,
Letrado de claro nombre,
Tras la régia silla estaban
De pié, y con humilde porte.

Todo lo notó el piloto,
Tanto esplendor deslumbróle,
Y en el suelo, de rodillas,
A tal majestad postróse.
Con una sola mirada
La Reina vió en aquel hombre
De la inspiracion celeste
Los divinos resplandores.
Y él de una mirada sola
La grandeza reconoce
Y la inteligencia suma
De la Reina que le acoge.

Tras de un sublime silencio,
Aunque brevísimo, donde
La admiracion y el encanto
De entrambos á dos mostróse,
Con grande bondad la Reina
Que alce del suelo mandóle,
Que á la mesa se aproxime,
Y que de su plan la informe.
Obedécela el piloto,
Y con respeto tan noble
Se acerca, y á hablar principia,
Que la atencion régia absorbe.

Y con tal convencimiento,
Con tal claridad, tal órden,
Con tan sencilla elocuencia,
Con tan potentes razones
Sus asombrosos proyectos
En breve discurso expone,
Que la gran Reina pasmada
Se le figura que oye

A un inspirado, á un profeta,
A un ángel: y que son voces
Del cielo aquellas que escucha,
Y que en tal pasmo la ponen.

Abarca su entendimiento
El vasto plan, que doctores,
Reyes, repúblicos, pueblos
Juzgan quimeras informes.

Ve la expedicion segura,
Y ya en ignotas regiones
Triunfante la fe de Cristo
Con el castellano nombre.

Ve un torrente de riquezas
Que hácia sus vasallos corre,
Y una gloria y poderío
Que envidiarán las naciones.
Y superior á sí misma,
Del cielo ayudada entónces,
Ve aún más que el mismo piloto,
Aún más alta que él alzóse.

En entusiasmo y fe viva,
Gérmén de grandes acciones,
Abrasada su alma heróica,
Henchido su pecho noble,
Quitase la alta diadema,
Y de su pecho recoge
Las riquísimas insignias
De incalculables valores;
Las joyas y pedrería,
Los brazaletes y broches
Que sus brazos y su cuello
Engalanaban, y pone
Aquella breve riqueza
(Breve sí, pero de enorme
Precio) encima del bufete,
Y «Toma, dice á aquel hombre,
»Toma, emplea este tesoro
Sin que nadie te lo estorbe,

ROMANCE SEXTO

CONCLUSION

Bajo un cielo borrascoso
Que jamás mortal alguno
Visto habia, en un inmenso
Mar encrespado y sañudo,
Do jamás altiva nave
Osó abrir incierto sulco;
En una region extraña,
Parte ignorada del mundo,
Una frágil carabela,
Casi imperceptible punto,
Con grandes peligros lucha,
Y sin amparo ninguno.
Las olas como montañas
Atajar quieren su curso,
Ya la arrojan contra el cielo,
Ya la hunden en el profundo;

En cumplir el pensamiento
Que Dios te ha inspirado.—Corre,
»Vuela:—en naves castellanas
Mares nunca vistos rompe,
Arrostra las tempestades,
Tu estrella á los vientos dome.
»Lleva á ese ignorado mundo
Los castellanos pendones,
Con la santa fe de Cristo,
Con la gloria de mi nombre.
»El cielo tu rumbo guie;
Y cuando glorioso tornes,
O almirante de las Indias,
Duque y grande de mi corte,
»Tu hazaña bendiga el cielo,
Tu arrojo al infierno asombre,
Tu gloria deslumbre al mundo,
Abarque tu fama el orbe.»
En tanto que así decia
Reina tan ilustre, sobre
Su cabeza colocaba,
Con altas aclamaciones,
Un ángel, corona eterna
De luceros y de soles,
Que miéntras más siglos pasan
Adquiere más resplandores.
Con ella la admira el mundo
Y adoran los españoles,
Cuando absortos la recuerdan
En tan importante noche.

Ya en sus costados se estrellan,
Volando en espuma y humo;
Ya la anegan en torrentes
De amargo espeso diluvio.
El huracan de otra parte,
Y no ménos iracundo
Brama entre sus rotas velas,
Cruje en sus mástiles rudos,
Silba en su jarcia deshecha,
La arrastra con recio impulso;
Y la vuelca y la levanta,
Y combátela sañudo.
No se ve la faz del cielo,
Por el espacio confuso
Los relámpagos deslumbran,
Cruzan los rayos trisulcos,

Retumban y estallan truenos
Cual si reventara el mundo,
Y envuelto en cárdenas nubes
El sol parece difunto.
Mas la frágil carabela
Sigue pertinaz su curso,
Y en tan espantoso caos
Lleva hácia occidente el rumbo.
Sin duda que se confia
En el talisman seguro
Del pabellon castellano
Que en su osada popa puso,
Pabellon que en aquel siglo
Al Omnipotente plugo,
Hacer de rara fortuna
Y de excelsas glorias nuncio.

Un mortal extraordinario,
Tenaz, inflexible, duro
Más que el bronce, el gran piloto
Genovés tranquilo y mudo,
En la brújula ambos ojos,
En el timon ambos puños,
Gobierna la dócil nave
Sin mostrar su frente susto.
Mas ¡ay! no tiene su temple
De la ciega chusma el vulgo;
Y aun que esforzados, se postran
Los marineros robustos
Rendidos y amedrentados
De tantos horrores juntos,
De navegacion tan larga,
De porvenir tan confuso;
Recuerdan la dulce España,
De su familia el arrullo,
Y recuerdos y temores
Abortan ciego tumulto.
«Si vive desesperado
Este advenedizo iluso,
Y busca la muerte, muera,
Pero él solo.» Dicen unos.
«Muera pues, repiten otros,
Es un hechicero, un brujo,
Que aquí á perecer nos trajo,
Por sus designios ocultos.»
«Muera, gritan todos, muera,
Y atrás volvamos el rumbo;
¡A España! ¡á España!...» Y osados
Trocando en furor el susto,
A la popa se abalanzan,
Esgrimiendo el hierro agudo
Contra el heróico piloto,
Que desprecia sus insultos.
Y que con serena frente,
Aunque con semblante adusto,

«¿Qué quereis? les grita osado,
Sin temor os lo pregunto.
»¿Qué quereis?»—*España, España,*
Suena en gritos furibundos,
Y el piloto les responde:
«Con indignacion lo escucho.
»Gente sin fe ni esperanza,
Cuando á coger vais el fruto
De tanto valor y arrojo,
De tanto peligro y susto,
»¿Quereis tornarle la espalda?
Que en vos volvais os conjuro,
Y el nuevo sol, os lo afirmo,
Será de ventura nuncio.»
La turba, como agitada
Por un satánico influjo,
«*Muera,*» repite, y desoye
Su acento noble y augusto.

El gran hombre ya resuelto
Deja el timon, y ceñido
Avanzándose les grita:
«Llegad pues, matadme al punto;
»Pero sabed, insensatos,
Que de vosotros, ninguno
Puede, desde estas regiones,
Hallar de la patria el rumbo:
»Y que á mí tan sólo es dado,
Porque así á los cielos plugo,
El dominar estos mares
Y el hallar puerto seguro.
»Matadme pues, ¿qué os detiene?»—
La chusma en espanto mudo,
No responde, y se deshace
En terrorizados grupos.
Torna al timon el piloto,
Torna la nave á su curso,
Y todos á la obediencia
Aunque á despecho y disgusto.

Con la noche la borrasca
Cedió de su fuerza mucho,
Amansáronse las olas,
Más blando el viento se puso.
Y al rayar en el oriente,
Tras de los mares cerúleos,
La nueva luz, ve el piloto
A su frente un leve punto
Que alzándose lentamente
De las olas, forma el bulto
De azul monte, en cuyas crestas
Brilla el sol cual oro puro.
Se cerciora de que es tierra,
Y hácia el trono del Sér sumo

Ojos, corazon y brazos
Alza y le rinde el tributo
De gratitud. Y en seguida
«Mirad,» les dice á los suyos,
Enseñándoles el monte
Con noble y triunfante orgullo.
La chusma que ve la tierra,
Que ve el fin de tantos sustos,

Y en aquel piloto un ángel,
Convierte la rabia en culto.
Y arrojándose á sus plantas,
Del entusiasmo al impulso
Grita, y acordes repiten
Cielo, tierra y mar profundo:
Viva Colon, descubridor de un mundo.

Gibraltar 1837.



UN EMBAJADOR ESPAÑOL

ROMANCE PRIMERO

En Merino y Terracina,
Que dominios son del Papa,
Entra aquel Cárlos octavo
Rey orgulloso de Francia.
Los fuertes castillos toma,
Los campos fértiles tala,
Incendia los caseríos,
Los templos santos profana.
Y en el furor se complace
Con que sus hombres de armas
Como furibundas fieras
Roban, destruyen y matan.
Así cumple los tratados
Que celebró con España,
De defender á la Iglesia
Y de acatar la tiara.

Así el juramento cumple,
Que de San Pedro en las aras
Prestó sobre el Evangelio
En terminantes palabras.

Así al acto corresponde
Que con humildad tan falsa
Hizo en público, besando
Del Pontífice las plantas.

Así el nombre verifica,
Que tomó, para burlarla,
De fiel hijo de la Iglesia
Y defensor de su causa.

Los vasallos infelices
Del Padre Santo, que hallan
Exterminio ó servidumbre
En quien amparo esperaban;

Y que en la paz adormidos,
Y en la ciega confianza
Que los tratados infunden
Y da una régia palabra;

Ni pueden hacer defensa
Ni en ella salud hallaran,
Que numerosas y fuertes
Son las fuerzas de la Francia;

Y á merced de sus guerreros
Dejan haciendas y fama,
Sin quedarles más recurso
Que lágrimas y plegarias.

Lágrimas que el duro pecho
De Cárlos feroz no ablandan,
Plegarias á que responden
Insultantes carcajadas.

Del Pontífice un legado
(Porque un legado acompaña

TOMO II

Para más escarnio y burla
Al rey que á la Iglesia ataca)
Inerme, abatido, humilde,
A Cárlos ruega y demanda
Que á su ambicion ponga freno,
Que coto ponga á su audacia.
Si no por respeto al pacto
Celebrado con España,
Si no por guardar solemnes
Juramentos y palabras,
Por cumplir como cristiano
Y para salvar su alma,
Y por temor á lo ménos
De la divina venganza.
Pues Dios es juez de los reyes,
Y su mano sacrosanta
Rompe coronas y cetros,
Solios é imperios allana.

Con risa infernal escucha
Y burladora arrogancia,
Las justas reconvenciones
El obcecado monarca,
Cuando de Borbon el Duque,
Gran condestable de Francia,
Del venerable legado
Reproduce las demandas;

Y con muy cristiano celo
Y la autoridad y pausa,
Propia de su cuna ilustre,
Propia de sus nobles canas,
Mas con todo el miramiento
A la debida distancia,
Que entre rey y entre vasallo
Dios mismo establece y marca,

Le repite las razones
Que de pronunciar acaba,
El digno representante
De la ofendida tiara,
Insistiendo en que recuerde
Que los tratados quebranta
Que firmó solemnemente
En Perpiñan con España.

De tan noble personaje
Tampoco consiguen nada,
Con el orgulloso Cárlos
Razones, ruegos, plegarias;
Pues con desabrido gesto
Y con burladora rabia,
Que no recuerda, responde,
De cuanto le dicen, nada.